CUALIDAD HISTORIOGRAFICA DE LA LITERATURA PORTUGUESA

POR

CARLOS EDUARDO DE SOVERAL

En uno de nuestros artículos del *Diccionario de las literaturas portuguesa, gallega y brasileña,* concretamente en el que dedicamos a *biografía,* decimos que la literatura portuguesa es, en la parte ya cumplida de su trayectoria, "una literatura consagrada a expresar sobre todo la acción ético-política (épica) y la contemplación afectiva (lírica)". Dando relieve a estos dos, por lo pronto, más acusados semblantes del proceso literario portugués, estaba en nuestro propósito dilucidar la *quidditas* de la cultura lusíada en su rama de expansión literaria y dar una sugerencia, algo correctiva, en torno a la *falsa idea hecha* sobre que la literatura del occidente peninsular posee mayormente la condición de fruto, o es más bien emanación de un genio colectivo. (Diciendo genio colectivo no pretendemos de ningún modo decir algo estático y hecho de una vez, que guarde identidad con el romántico *volksgeist.* Para otro momento dejamos la entera comprensión de una pluricapacidad portuguesa, la cual abarca visiblemente una vertiente lírica, una potencia épica y una virtualidad crítica, a la que parece haber llegado en nuestros días la hora de la prioridad.) En efecto, nadie ignora la complexión poética de los humanos de un país cuya lírica se ha merecido bien las cálidas alabanzas de la crítica literaria, bien alguna fecunda constatación en el área de la historiología. Nacionales y extranjeros, amigos y hasta enemigos —y esto tiene su significación— se han complacido en subrayar lo que de afectividad profunda, de nocturno, de instintivo, de poético, posee el alma portuguesa, y posee concomitantemente la literatura de que tal alma es demiurga.

Con todo lo que dejamos dicho se advierte que raramente o nunca se pone la tónica en un hecho a nuestro juicio indiscutible, y al que, desde luego, se podría llegar indirectamente, gracias a un sencillo atisbo de lo que Poesía significa. Nos referimos a su más íntimo sentido, el de *creación.* Poesía, pues, como creación o vis creadora en todo orden de hechos. Por el puente de tal idea, y puesto que se admite en la gente portuguesa un decisivo *quid* poético, forzosamente se llegaría a la sospecha, cuando menos, de que a algunas tareas comunes siempre esa gente se habrá lanzado, las cuales, además de que serán nervio de su historia, la habrán moldeado y como infundido una segunda naturaleza, en

este caso colectiva. La historia se muestra, de hecho, como esotra mejilla que nos hace falta para la global aprehensión de lo que fue dominante en la idiosincrasia portuguesa expresada en la literatura. Porque *Historia,* esto es, proceso de acontecimiento colectivo, realidad vivida; historia, en fin, en uno de los clásicos sentidos tucididianos, es lo que, en definitiva, asume ininterrumpido diálogo con el genio —para que así continuemos a llamarle— de una comunidad nacional, diálogo que, subido a determinado nivel cultural, se desentraña en una literatura. (La historia y la intimidad de un pueblo engendran su cultura. No queremos, por el momento aislar otro ingrediente permanente y decisivo: la tierra, el contorno geográfico. Después de todo, diciendo historia ya decimos varias tierras y varias gentes.)

Diálogo entre el genio colectivo, y acción o historia. La verdad es que cualquiera de ellos puede ascender a corifeo de tal diálogo, y entonces, o lo que existe fuera y lo que existe dentro, como diría Goethe, se agrupan en torno del alma, por lo que, en caso-límite, llegamos a la lira exasperada y subjetivísima de Bernardin, o se congregan dominados por la inmensa fuerza heracliana de la realidad y se perfila la entera contestación literaria que a la realidad da la épica, esto es, Camões y dos centurias de epicización flagrante de la literatura portuguesa. La lírica y la épica, como quien dice la expresión escrita de la contemplación afectiva y la expresión escrita de la misma historia portuguesa, sobresalen, de hecho, como los dos más destacados puntos de una ondulación en la historia literaria portuguesa.

Ahora bien: lo que decimos es forzosamente incompleto e incluso asaz insuficiente, si nos proponemos caracterizar a fondo la literatura portuguesa a partir de uno de sus progenitores, cual sea la realidad desempeñada y fraguada por la sociedad portuguesa en el discurso del tiempo. Y más todavía si en aquélla —la literatura— es nuestra intención destacar la cualidad o género fundamental. En efecto, se vuelve imperativa una ampliación del binomio lírica-epos, que, ya con propósito correctivo, hemos advertido en el inicio de nuestras consideraciones. (También aquí se levanta un tema para otra oportunidad: el de la directa explicación del epos.)

No puede menos que saltar a la vista, con cruda y aleccionadora evidencia, que toda la producción literaria portuguesa de los siglos XV a XVII está mayormente engastada en la historia vivida, en el preciso sentido de que de ella arranca y a ella impulsa. (Subrayamos el inmediato raigambre realista de tal literatura, y el cariz exhortativo que ésta asume. De la realidad a la realidad a través de la literatura.) Producción, por eso mismo, poseedora de una naturaleza épica, da lo que la realidad era —lo que adelante se verá algo más despacio—, ella con-

verge, cual para un nudo de bóveda, en el estro de Camões, cuyo poema incomparable, además de ser *epos* en esto de constituir la más completa contestación que la creación en verso puede dar a la realidad, lo es también en esotro de una máxima incorporación de autores y temas lusos, coetáneos del poeta o a él anteriores. Así se entiende que episodios cuales los de Inés de Castro o García de Rezende y sus *trovas,* el ciclo caballeresco, o Jorge Ferreira de Vasconcelos, Juan de Barros y Francisco de Morais, la historia trágico-marítima, o las *relaciones* más tarde recopiladas por Bernardo Gomes de Brito, los sucesos homéricos de India, o Gaspar Correia, Cantanheda y, otra vez, Barros, hechos tan discutidos como el milagro de Ourique (Duarte Galvão), la detenida referencia a Viriato y a un vínculo con los lusitanos (Lucio André de Rezende), etc., todos se hallen contenidos en los *Lusíadas.* Ya tal incorporación nos proporcionaría materia para un esfuerzo reflexivo. Y en éste nos detendríamos un rato si no fuera que tantos de los escritores utilizados por Camões, o, mejor dicho, casi todos, ostentan el sello de la épica en sus obras respectivas. Es que en la literatura de nuestros siglos de oro (XV-XVII), además de una historiografía cronística, casada existencialmente con la expansión, y por tanto con el epos *real,* todo inculca el cuidado y el tono de la empresa colectiva. Es, naturalmente, el pensamiento político, y también un género viajero, itinerante, derroterista, cartográfico, ejercitado por millares de portugueses que viajan y que apuntan cuanto se ofrece a su observación; es el ya citado ciclo de relaciones de naufragios y desdichas, o de las duras pruebas que componen la otra cara de la gesta gloriosa; es una epistolografía ultramarina, en la cual se levanta, primordial y copioso, el conjunto de las cartas que "para El-Rei" escribió Alfonso de Alburquerque; es una elaboración moralista, organizadora, desde D. Duarte, o desde Alvaro Pais, de los temas de la guerra justa y de cuantas cuestiones de implícita misionología dicta el fenómeno de la dilatación imperial: pero es también el mismo teatro, concretamente el vicentino, con piezas como la *Exhortación a la guerra;* en la misma poemática con abundancia de canciones, odas, elegías, sonetos, por ejemplo, los que comporta la obra camoneana, o poemas heroicos cuales, entre otros, los de Jerónimo Corte Real, Francisco de Andrade y Diogo de Paiva de Andrade: esto es, un riquísimo y entero manantial literario que se respalda, en todo sentido, y luego convivientemente, en lo que en el Portugal de cuatrocientos a seiscientos concentra, del mismo paso, la acción y la reflexión: la empresa común.

Cuanto acabamos de señalar demuestra que la literatura portuguesa de los siglos referidos radica extremadamente en la realidad. O que la realidad —la historia— posee en tal literatura un *fuero juzgo* defi-

nitivo. Frente a ésta, no tenemos delante —cual ocurre en la Italia renacentista— una creación específica o, al menos, dominantemente estética, por otras palabras, el juego apacible a que se entrega el favorito de príncipes, en su decadente condición de ficha de un vivir refinado y suntuario. Nuestro escritor, o sea de un modo general la literatura portuguesa de aquellos tiempos en los que la creación literaria se enseñaba en Italia como estricta fruición o mero deleite cortesanesco, constituía, al revés, el heraldo de una tarea colectiva, proclamando cuanto los hechos del acontecer concreto apremiaban a los hombres embarcados en ella.

Se enfrentaba una realidad dura y sin cuartel, a la que, por otra parte —importa acentuarlo—, se había buscado. Era el momento del estadio extremo-oriental de la lucha a brazo partido con el Islán, cumplidos los anteriores de reconquista de la tierra peninsular, de dominio progresivo del litoral marroquí y de descubrimiento de las costas occidental y oriental del continente africano. Se vivía el auge de la instalación en los dos procesos —los dos cauces de la marcha colectiva— a los que la expansión ultramarina siempre obliga la sociedad metropolitana que la intenta. Las exigencias planteadas por esa mayor etapa de la expansión portuguesa son difíciles de imaginar, incluso con fantasía superlativa, una vez que se conozcan los límites, designadamente demográfico-económicos, de la sociedad que la desempeñó. Pues fue en mantenida y tensa contradicción con tal exiguidad como a la nación le fue exigido que se desentrañase en esto de proporcionar medios de todo orden, o sea levantar armadas, pertrechos, materiales de construcción, municiones y ajuar, géneros y, sobre todo, hombres para una lucha remota, ingente y sin perdón. Dar, sobre todo, hombres, cuyos contingentes eran implacablemente diezmados por enemigos incontables, entre los cuales sobresalían los mismos elementos cósmicos. (Las aguas han sido, a la par que vía gloriosa y triunfal, el más cruel de los verdugos de la humanidad lusa, en su período de expansión asiática. No exageraremos al decir que, más que hitos, los cuerpos de portugueses tragados por el gran mar Océano dibujan a trazo lleno las derrotas de ida y regreso de la carrera de Indias. Una línea trazada con cadáveres, que es la cruda venganza lograda por Neptuno en contra de quien le descubrió y dominó.) El despoblamiento de ciertos lugares del Alentejo, en algunos de los cuales llega en el primer cuartel del siglo XVI a ser casi de 50 por 100 el número de fuegos tan sólo habitados por mujeres, madres viudas, novias, parientes de los embarcados para el Oriente, constituye uno de los índices más indisputables de lo que la expansión exigió de la sociedad portuguesa.

Con todo lo que llevamos escrito tan sólo nos proponemos dar relie-

ve a esta idea central: la de que la historia —la realidad— pesaba decisiva y dinámicamente en nuestra vida nacional de los siglos XV a XVII, sobre todo en la fase del quinientos. En otras palabras, y para que quede bien claro: que en el diálogo atrás señalado, llevaba la primacía, en aquellos tiempos tan reveladores del carácter portugués, la realidad, y no el genio contemplativo lusíada considerado separadamente. Además tuvo la expansión portuguesa una inequívoca naturaleza orgánica, puesto que en ella se empeñó toda la nación, encabezada por el Rey y ejemplarmente conducida por la nobleza. No fue una empresa privada, acometida de espaldas a una metrópoli, pero sí algo que, bajo el mando de la monarquía avizense, se realizó metódicamente desde la primera jornada de Africa: la conquista de Ceuta. Aun cuando también a los protagonistas principales de nuestra creación ultramarina les haya sido imperioso, en cierto momento, proceder a asistir de cualquier modo a la quema de las naves —lo que es un símbolo constante de la antinomia entre el edificador ultramarino y el gran número que queda estáticamente en la metrópoli—, la verdad es que, en lo que atañe a la expansión portuguesa, fue toda la nación la que se echó al mar, buscando y nutriendo el rumbo de la India, y ulteriormente el del Brasil y el de Africa, este último ya a fines del siglo pasado, principios del nuestro. Mientras la Casa de Austria, por ser precisamente la de Austria casada con la herencia mediterránica de Aragón, cumplía su magnífico destino político en Europa, y por eso Carlos V apenas daba importancia al hecho de que un millar de españoles se había adueñado portentosamente del Imperio de Moctezuma, la Casa de Aviz llevaba siglo y medio totalmente lanzada en otra esfera de acción, compuesta por los diferentes mares océanos y sus orlas continentales.

La historia vivida, la realidad, imponía la acción y la expresión literaria de ella. En el quinientismo portugués, incluso autores tan ligados al siglo anterior y a una tradición medieval profunda como Jorge Ferreira de Vasconcelos (la *Comedia Eufrosina* rebosa singularmente un casticísimo saber aforístico), contienen el mar y la empresa marina en la medula de la obra. En la *Comedia Eufrosina,* Zelotipo, que sufre cuitas de amor, relaciona su melancolía insanable con las lejanías vividas sobre las aguas en la expansión transcontinental. Y lo que decimos de Jorge Ferreira de Vasconcelos lo podríamos, en cierta medida, decir de García de Rezende, tan medieval y ya tan cosmopolita y exótico (desde el *Cancionero* y la *Vida y hechos de don Juan II* hasta la *Miscelánea),* y también del prodigioso Gil Vicente, o del mismo Camões, en los cuales evidente sustracto medieval y dilatado ecumenismo se dan las manos.

Que la historia era la más fuerte en la lucha que sostenía con la

interioridad humana es cosa que luego se refleja en el cuño, más que épico historiográfico —directamente historiográfico—, de la literatura portuguesa en los siglos cumbre de la expansión. La misma épica escrita, particularmente los *Lusíadas* (o la *Chauleida* y *El primer cerco de Diu,* y también lo que se debe a Braz García Mascarenhas, Vasco de Mousinho de Quevedo, Castelo Branco, Francisco Rodrigues Lobo, etc.), patentiza un muy visible y mantenido arraigo historiográfico exacto que diferenciándola, por ejemplo, de los modernos poetas épicos italianos —Boiardo, Ariosto y Torquato Taso— ha servido incluso de fundamento al menosprecio de su grandeza como exaltación poética de una misteriosa vocación colectiva. En efecto, las *puras verdades* o el *ver claramente visto* o *un saber de experiencias hecho* (versos del poema camoneano), los cuales, en el apego de la historia desempeñada, se encuentran, sin embargo, enmarcados en lo maravilloso, el pilar de los *Lusíadas,* hacen a este de veras y profundamente constrastante con sus itálicos coetáneos. La épica camoneana, rechazando las fábulas *fantásticas, fingidas, mentirosas,* asienta, directamente, en la historiografía, o más aún en el genio historiográfico, como mejor se verá después. De ahí la amplísima utilización que Camões hace de los historiadores, y siempre exactamente en lo que cabe. (Un paréntesis: la misma lírica camoneana, cual la de Dante, posee un sabor de cosa concreta y positiva que profundamente se asimila con el ser ella un índice de los momentos *padecidos* por el poeta. Sobre ese tono positivo, y la dominante conexión con la biografía personal, de la poemática dantesca y camoneana, quisiéramos reflexionar en otra oportunidad. Tal reflexión, además de permitir la adecuada inteligencia de cualquiera de esos dos mayores poetas, proporcionará el confronto entre la poemática de lo vivido concretamente, biográficamente —poemática de los períodos clásicos—, y la poemática del inefable poético, máximamente esquiva al tiempo y al lugar, que es propiedad de los períodos críticos y epirrománticos como aquel en que nos hallamos.)

Pero donde esa realidad, o esa historia, que, como dijo exaltantemente Vieira, es el silencio de todas las demás, donde ella sobre manera se afirma, es en el terreno de la misma historiografía de quinientos y seiscientos. Se trata de una historiografía directa, como pertenece a los períodos épicos, o de una historiografía en la que la mayor parte de los historiógrafos expresa literariamente los heroicos sucesos de su tiempo, en los que tuvo, por regla general, papel de protagonista.

Veamos la historiografía portuguesa, tomada aisladamente. La historiografía, tanto en el número de los autores cuanto en el volumen de obras, es el más copioso de los géneros de la literatura portuguesa. Mu-

chísimo más, seguramente, que el teatro, la novela, la producción reflexiva —desde luego, por la sencilla razón de que éstos sólo se afirman de veras cuando ya se encuentra plenamente desarrollado un proceso literario nacional. Pero también más que la misma producción en verso, a pesar de la sentencia tópica de que en cada portugués late un poeta. Y para alcanzar tal abundancia historiográfica —que será otra afinidad del genio portugués con el gallego— no hace falta adicionar una literatura de descubrimiento que, como expresión muy suya, la vida portuguesa fue elaborando. Si añadiésemos ese género itinerante al género específicamente historiográfico, llegaríamos, forzosamente, a una cifra verdaderamente astronómica.

La historiografía portuguesa describe su trayectoria desde la fundación del Estado portugués a nuestros días. Lo que constituye una forma algo perogrullesca de insinuar que está ahí, presente, a todo lo largo del proceso colectivo portugués. En la fase de arranque se muestra naturalmente menos diferenciada que en las centurias más próximas a nosotros. En esa fase inicial, cual ocurre, de modo genérico, en aquella parte del proceso de la cultura europea moderna anterior al siglo XII —lo que Herculano subrayó en su polémica célebre—, no aparece la literatura historiográfica liberada de un "maravilloso" pagano-cristiano, presentando, por consiguiente, casi siempre, un perfil hagiográfico o de historieta moral. Aun así, de todos modos, algunas especies se podrán aislar en esta primera fase, por su ya diferenciada fisionomía historiográfica, como son las sucesivas redacciones y refundiciones de la *Crónica General de España,* de las que termina por salir una primera *Crónica de Portugal.* Con esto estamos ya en las últimas décadas del siglo XIV.

Con la entrada del XV empieza de hecho una diferenciada y peculiar historiografía portuguesa. Nos hallamos en un pórtico donde los sucesos de la historia nuestra, poderosamente enfocados, sobre todo, por el incomparable Fernão Lopes (1380-1409), se benefician, además, de los clasicizantes vientos de Italia, cargados de una particular devoción por Livio y los demás historiadores latinos. Desde el siglo XV a nuestros días se cumple en las letras portuguesas una curva historiográfica a la que nos conviene caracterizar seguidamente. Tal curva, rigurosamente moderna, y metida en el meollo de la vida portuguesa, presenta sucesivamente los segmentos siguientes:

En un principio, que coincide casi exactamente con la dinastía de Aviz y que se prolonga en la de los Felipes y aún en las primeras décadas de la bragantina, en este primer segmento (siglos XV a XVII), la historiografía portuguesa posee una calidad cronística, dentro de lo que una vez se asoma con medula analística a los acontecimientos del Por-

tugal continental, y otras se complace en la memoración de la tarea expansionista. En cualquiera de estas dos ramas, empero, estamos delante de una historiografía directa, en el sentido de que el escritor se ocupa de hechos con respecto a los cuales ha sido, por regla general, uno de los protagonistas, o, cuando menos, un coetáneo profundamente apostado en el drama. Una historiografía, por lo tanto, donde el presente del historiador coincide con —o es— el presente del historiado. Escritores como Fernão Lopes, Rui de Pina, Rodrigues Acenheiro, o Francisco de Andrade, Antonio de Vaena, en parte García de Rezende, o Duarte Galvão, pertenecen a la rama metropolitana, o sea aquella que se ocupa estrictamente de lo que ocurre en el Portugal continental. Otros, como Gomes Eanes de Zurara, primer cronista de la expansión, Cantanheda, Barros, Diego do Couto, Gaspar Correia, etc., el epistológrafo Alfonso de Alburquerque o el comentarista del mismo nombre, hijo suyo, se entregan a consignar vivamente los hechos de una historia de *descubrimiento y conquista* (la historia de Indias, casi se podría decir con nomenclatura española), de la que casi todos fueron actores y autores bien metidos en el lío vital. Otros aún, con el ya citado García de Rezende, Damião de Gois, D. Jerónimo Osorio, Fr. Luis de Sousa, Manuel de Faria e Sousa, etc., fueron una y otra cosa, es decir, dieron tanto lugar en sus libros a los fastos de la historia metropolitana cuanto a los de la ultramarina. Con todo esto, en el segmento de la historiografía portuguesa moderna que tentamos caracterizar, afrontamos el hecho de que la literatura se ciñe —ya dijimos que actualmente— con la vida, o de ella brota. Es verdad que a fines del siglo XVI, comienzos del siguiente, gana cuerpo un deseo de recuperación del más remoto pasado: aparecen por aquel entonces las obras de Duarte Nunes de Leão, Pedro de Mariz, Lucio André de Rezende, Severim de Faria y Fr. Bernardo de Brito, las cuales, de ese y otro modo, se sitúan en la línea de Duarte Galván e Rodrigues Acenheiro, escritores que cavalgan la frontera entre el XV y el XVI. (En el caso de André de Rezende el propósito historiográfico llega incluso hasta el establecimiento de una relación con los lusitanos; en Fr. Bernardo de Brito, fundador de la *Monarquía Lusitana,* la historia de Portugal remonta a Noé y a su descendiente Tubal...) De este modo, por tanto, empieza ya en el período en cuestión a ganar volumen, y volumen de realizaciones, el intento de una construcción historiográfica indirecta, la cual, del mismo paso, sirva el designio de levantar un monumento historiográfico al entero proceso de la historia portuguesa, rebasando incluso de mucho los límites de la Monarquía alfonsina. (Advertir que mantenemos sin cambio la distinción entre historia como realidad vivida, e historiografía, como expresión escrita de, o redacción sobre, esa realidad.) Como quiera que sea,

lo que aquí importa subrayar es que, dentro de la curva histórica portuguesa, nuestra historiografía es, en el segmento a que nos atenemos —siglos XV a XVII—, una historiografía eminentemente directa, alimentada por una realidad épica, dinámica. Y sobre estas mismas palabras tenemos que acentuar cuanto se conjugan expresamente cronística, historiografía directa (memorialística) y realidad épica. Constituye éste un apunte de procesología de la cultura, que podrá servir para fecundas inferencias en el campo de una todavía no organizada teoría de las correlaciones *(correlaciología)*, esto es, una ciencia que englobe en su objeto la misma historiografía en sus necesarias conexiones e isocronías con la historia o realidad. Tal ciencia tendrá que advertir la preceptística profunda, decisiva, que se disimula con la propia vida, o está ahí vestida de realidad.

En el segmento siguiente de su trayectoria —siglos XVII y XVIII, con inclusión del primer cuarto del siguiente, podemos precisar: hasta Alejandro Herculano —con las solas excepciones del ciclo de la Restauración y de alguna especie relativa al mundo brasileño—, la historiografía portuguesa aparece casada con una realidad, a bien decir, elegíaca, que no espolea urgente y dramáticamente la vida colectiva. Aquí, la misma historiografía de sentido político inmediato —historiografía autonomista— ostenta un cariz estoico y plutarquiano, siendo encomiástica no tanto de los egregios varones del presente cuanto de los homeríadas de la centuria anterior. Tal es paradigmáticamente el caso de Jacinto Freire de Andrade con su libro sobre el gobernador de Indias D. Juan de Castro.

A una realidad así, elegíaca, o sin quehacer colectivo deliberado a que se aplique creadoramente toda la nación, le conviene correlativamente una historiografía indirecta. En efecto, es éste el período de la enorme labor de las Academias —la de la Historia y la de las Ciencias—, abnegadas pioneras de la exhaustiva exhumación de materiales para todo aprovechamiento historiológico posible, lo que, por otra parte, no impide a sus miembros levantar soberanamente el arco, apuntando la flecha al blanco de una obra que comprenda y agote toda la materia empírica, archivística, de la historia portuguesa. Lo que había sido en sus moldes el objetivo de Fernán-López, primer cronista oficial del reino y guardia mayor de la Torre del Tombo (Archivo Nacional), ese mismo proyecto de una aprensión de toda la historia portuguesa constituyó el objetivo de la historiografía indirecta, frailesca, o, al menos, eclesiástica, cual fue la del período historiográfico (siglos XVII-primer cuarto del XIX) a que nos atenemos. Y tal hecho es lo que explica que, ya en conjunto, ya aisladamente, los corifeos de ambas Academias —don Antonio Caetano de Sousa, Antonio Caetano do Amaral, D. Fr. Fran-

cisco de S. Luis, João Pedro Ribeiro, etc.—, y podríamos agregar el Vizconde de Santarém y José Acursio das Neves, hayan llevado a cabo una serie de empresas historiográficas, las cuales, con diverso objeto —historia diplomática, jurídica, genealógica, de las instituciones, etcétera—, propenden a la condición de obras relativas a todo el proceso portugués. Antes de ellas, pero ahí con obediencia a un cuidado de inmediatez política, ya la *Monarquía lusitana,* fundada por Brito, y que cuenta entre las primeras afirmaciones de una historiografía indirecta atrás indicadas, se había propuesto estudiar toda la curva temporal de la nación.

Sobre el período en cuestión al que llamaremos, desde el punto de vista de nuestras consideraciones, específicamente historiográfico, dada la fría naturaleza expositiva de sus grandiosas fábricas, se entra en un tercero, con el cual, por fin, se abre, merced a Herculano, la fase historiológica en Portugal. Es verdad que la obra del gran historiador, donde se afirma expreso intervencionismo resultante del romanticismo político, lleva como pilar toda la exhumación archivística de los siglos anteriores, a la que se suma la realizada por el mismo Herculano *(Portugaliae Monumenta Historica)*. Pero no menos verdad es que, de otra parte, con su amplio tratamiento de las instituciones, tomadas como víscera de la realidad histórica, y sin embargo de lo que esto pueda tener de estricto y reductor, la obra de Herculano orientaba los estudios historiográficos hacia la consideración de los ingredientes generales de esa realidad, o hacia la *situación* y la comprensión, con lo que definitivamente se rebasaba la historiografía descriptiva —directa o indirecta— de las etapas precedentes. A Herculano se debe, de forma incontroversa, un impulso, del cual, con uno u otro matiz, estamos todavía viviendo. En rigor, existe un antes y un después de sus *Cartas* thierrinianas sobre la historia de Portugal, un antes y un después de las polémicas a que fue arrastrado, que valen asimismo para todo el ámbito de un trance de la cultura portuguesa: tanto o más que nuevo vuelo de la historiografía en Portugal, se halla en esos documentos el inicio de la ingente polémica sobre la ciencia y la inteligencia portuguesas que, pasando por los Vencidos de la Vida y por movimientos cuales el Integralismo Lusitano, Aguia, Renascença y Seara Nueva, podrá recibir de un momento a otro en Portugal nuevos planteamientos.

A partir de Herculano, y superando el corto período de una historiografía memorialística, directa, pues, engendrada por la guerra civil y por el romanticismo político, estamos en la etapa de la historiología. Se trata de un período que se prolonga hasta nuestros días, y en el que se dibujan todos los campos posibles de la historiografía, con especial definición de los estudios sistemáticos sobre los descubrimientos y coloni-

zación, y sobre la fibra económica del proceso portugués, además de alguna producción en la esfera de la historia de la cultura, no aprovechada aún debidamente. (A esto habría que sumar el creciente desahogo de un género caracterizadamente memorialístico, o sea personal y públicamente revelador, situado mayormente en el terreno de la experiencia política, de que tampoco los historiadores portugueses echaron hasta ahora mano fecundante.) Algunos de estos sectores, como, por ejemplo, el ya referido de los descubrimientos y colonización o de la expansión portuguesa, exigen, no obstante la nueva etapa, un cuidado específicamente archivístico, propio de todos los comienzos historiográficos científicos, relativos a una determinada materia, lo que impone que el ejercicio heurístico y exhumativo tenga que estar ahí con todos sus fueros. Nos hallamos delante de algo que viene a confirmar la ley, según la cual permanecen en el mundo de la historiografía, cuando ya se llegó a la historiología, tanto las formas descriptivas cuanto incluso las cronísticas, aunque éstas en escasez progresiva. También por eso tiene la historiología que luchar a todo lo largo del siglo XIX en Portugal —y estará quizá a punto de trabar batallas decisivas— con las limitaciones de una estricta visión empírica que nada entiende y nada quiere en cuanto a significaciones o siquiera elementos situacionales, situacionalmente, esto es, sociológicamente considerados.

En un período así, sincretista, crítico, donde este y aquel autor buscan la explicación psicológica universal, o incluso, como dijimos, la sociológica, se camina hacia la aprensión historiográfica de capas más profundas de la realidad histórica que aquellas que hasta el siglo XVIII han constituído objeto de una directa o indirecta historiografía portuguesa. Se llega a trascender la esfera nacional, puesto que, con el excelente respaldo de nuestros orientalistas, se afirma un cuidado de la historia universal, al que siempre los estudiosos portugueses se han mostrado refractarios. Se podrá decir —y en otro lugar lo dijimos— que la historiografía portuguesa denota mengua de interés por toda la historia del mundo que no haya sido desempeñada por portugueses. Lo que implica que es forzoso que la historia universal se amalgame con la nacional, y así se vuelva afectiva, aunque no inteligiblemente, más cercana, para que aquélla, o sea la dimensión universal, importe a nuestros estudiosos. También por eso nos hacen falta tratadistas, particularmente de la historia greco-latina —lo que nos ahorraría decir egipcia, asiria, persa, caldea, hitita, etc.—, y esto sí que es gravísimo, dado que mantiene alejada la inteligencia portuguesa de una relación directa con las fuentes de toda comprensión y sabiduría europeas.

El hecho de que se haya arraigado tan vigorosamente, en medio de una resaca que se encuentra todavía muy lejos de concluir, el inte-

rés de la historiografía portuguesa por la temática de la historia general, constituye, a nuestro juicio, una de las aportaciones mayores de los estudiosos decimonónicos, aportación a la par —no vamos ahora a explicarlo— favorecida y perjudicada por la constituída historiografía sobre descubrimientos y colonización.

Entre los que han labrado hondo, y aquende y allende genialmente, el terreno de la historia universal, se nos hace imperativo destacar a Oliveira Martins (1845-1894), para infortunio portugués casi leído tan sólo —siempre ocurre así— en la fracción más literaria de su obra. (Podríamos añadir: considerado a menudo antes estética que historiográficamente, asaz por el prejuicio de la incompatibilidad entre escribir como Tucídides e historiar como Tucídides.) Y, no obstante, el escritor dedicó toda una biblioteca sistemática a los ingredientes de la fenoménica histórica —religión, mitografía, antropología, política, crematística, geografía, cronología, etc.—, biblioteca cuyos tomos han sido realizados en orden a la nomología, o ciencia de las leyes que presiden a la evolución de las sociedades. Esta parte, la más eminente de la creación de Oliveira Martins, donde incluso se contiene, además de una nueva organización del estudio histórico, una nueva concepción de la misma historia; esta parte, decimos, no recibió aún las atenciones que indudablemente se merece. Tales atenciones siguen concentradas en libros de materia mucho más cercana de una comprensión corriente, como, por ejemplo, la *Historia de la civilización ibérica* (hace poco reeditada en castellano), obra que, a pesar de ser sagacísima y precursora, se muestra, hay que decirlo, terriblemente apresurada. Con tal concentración de atenciones, rozamos, otra vez, el pecado de tan gordas consecuencias, de que a los historiadores y estudiosos portugueses les interesa casi exclusivamente la historia de los portugueses. Sobre esto es de impugnar alguna gritante insuficiencia, generalización arbitraria o exceso de artista que, mayormente en el área de su producción con objeto nacional, denota Oliveira Martins. Pero sea como sea y a pesar de que se muestre justamente criticable en lo que concierne al rigor del método, al dictamen de no generalizar sin larga inducción, a los necesarios límites que se imponen a la inferencia deductiva, y también al imprescindible respaldo de un sólido andamiaje informativo, a pesar, en fin, de los muchos defectos evidentes en su realización historiográfica, no por eso deja Oliveira Martins de ser hasta hoy la mayor figura de la historiología portuguesa asomada a la historia universal, uno de los europeos pertenecientes al coloquio ideal en que participan Momsen, Niebuhr, Ranke, De Sanctis, Guillermo Ferro, y, hoy día, Carcopino y León Homo, para no citar más que éstos.

Al lado de Oliveira Martins, aunque tan sólo dedicados a la histo-

ria portuguesa, debemos citar Costa Lobo (1840-1913) y Lucio de Azevedo (1855-1933), los cuales, sobre el cimiento de una magnífica preparación, y concomitantemente con una solidez sin fisura para los dardos de la historiografía empírica, han intentado comprender determinados conjuntos —por ejemplo, *La sociedad en Portugal en el siglo XV* o *Epocas del Portugal económico*— y que, de todos modos, han abierto amplio campo a la historiología.

Y aduciremos también a Alberto Sampaio (1841-1909), rigurosamente situado en la línea de la historiografía social-económica inaugurada por Herculano y ulteriormente atendida, con abundancia y acierto insuperables, por Gama Barros y su monumental *Historia de la administración pública en Portugal en los siglos XII a XV*. Con Gama Barros (1838-1925) —todos estos autores cabalgan ya la frontera del siglo, y algunos se mueren después de 1920— afrontamos seguramente la representación-auge de una necesaria permanencia de la historiografía exhumativa, la cual, repetidamente, en vez de guardar complementaridad con la historiología, muy al revés la reprueba e impugna. Donde tal complementaridad, en lo que las circunstancias han permitido, se muestra rotundamente lograda es en el historiador Sousa Viterbo (1845-1910), polígrafo fecundísimo, que abrió amplia gama de caminos por los cuales tenemos que entrar todos los que amamos la historia nuestra en su multiforme animación cultural. Y con Sousa Viterbo pensamos que es tiempo de cerrar esta visión a ojo de pájaro del proceso de la historiografía portuguesa moderna, siglos XV al XX.

Lo que, dentro de un último apunte, nos importa ahora referir es el hecho curioso de que tantos de los autores citados empezasen el ejercicio de las letras por el cultivo de géneros que se insertan en la literatura de ficción o pertenecen incluso a la poemática. (Se intercalará que si de un modo general todo el portugués es literariamente poeta antes de los veinte años, raramente, muy raramente, lo sigue siendo después de esa edad.) En efecto, Oliveira Martins, como otro cultor de la historia universal y gran arqueólogo, Martins Sarmento, como Alberto Sampaio, como Sousa Viterbo, como Costa Lobo, como antes de ellos Alejandro Herculano, para tan sólo citar a éstos en guisa de ilustración, han sido, en un principio, literatos puros que luego se desplazaron a los senderos de una severa historiografía. Y no constituye esto ocurrencia típica de los escritores de ochocientos, puesto que en los siglos XVI y XVII tal sucede con Juan de Barros, Diego do Couto, Fr. Luis de Sousa, Fr. Bernardo de Brito, Manuel de Faria e Sousa, un poco André de Rezende, otro tanto D. Francisco Manuel de Melo,

en una relación de subsecuencia que inmediatamente nos induce a pensar que existirá honda afinidad entre esto de ser poeta y creador literario, de una parte, y ser, de otra, historiador de cualquier modo movido o hasta galvanizado por la realidad. Sería esa afinidad la que reuniría las dos mejillas —contemplación afectiva y acción ético-política, o su aprensión historiográfica— en un solo rostro nacional. En la acción no nos resultaría difícil constatar un sentido poético profundo, cuando interpretada por peninsulares o cuando elevada a un alto nivel creacional. Podremos, incluso, reducir ambos aspectos a una raíz contemplativo-activa. Pero dejando por ahora esta cadena de ideas, lo que pretendemos es acentuar, sin más, que antes de trasponer la puerta de la historiografía para no volver, casi todos los escritores que acabamos de citar se han entregado a la literatura de ficción: novela, teatro, poesía, etc. Esto demuestra que termina por prevalecer en ellos una decisiva complexión que espléndidamente se afirmó en los tiempos de tensión común, cuando la tensión era un modo común y natural de ser. Nos referimos a lo que en otro lugar llamamos un afán de constatar o una capacidad para observar y narrar objetivamente, tranquilamente; una vocación, en fin, para notar con exactitud.

También en otros artículos del *Diccionario de las literaturas portuguesa, gallega y brasileña,* pudimos subrayar una clara "tendencia para la aprensión de lo concreto, y, precisamente, para la observación geográfica", cosa que decimos en un artículo sobre *Itinerarios* y que ya habíamos producido a propósito del hombre de pluma y de lanza Antonio Galvão, "el santo de las Molucas". Precisamente tal complexión, que llamaremos un "fondo historiográfico", se expresa profundamente en la copiosísima literatura viajera que conocemos bajo el nombre genérico de *Itinerarios.* El escritor andariego portugués obedece, casi sin excepción, a un genio descriptivo, que le regala una intachable actitud de espectador, en seguida vertida por un lenguaje que, sin daño total del aliciente estético, es, por regla, severamente notacional. Su espíritu, y por tanto su expresión literaria, no se conforma a lo que no sea comprobarlo todo y escribirlo todo exactamente. Con todo esto se muestra una desenvoltura, un mantenido frescor, un tono de naturalidad, una lozanía, que por fuerza manarán de una manera colectiva de ser. En la literatura itinerante portuguesa, biográfica y autobiográfica —esta ultima poco abundante—, nada, por ejemplo, de esa magnífica elaboración picaresca tan española, donde la ironía trágica o un portentoso sentido existencial *avant la lettre,* constituye el elemento decisivo. Ni picaresca española, ni galantería francesa, ni comedia italiana. En lo que producen los escritores portugueses, la vis es implacable y descansadamente realista: el escritor describe la vida en torno, *la historia.*

Siempre nos enfrentamos con lo que *vió y oyó* Duarte Barbosa, u otro cualquiera del siglo XV y siguientes.

No adelantando más por ahora, esta es la tesis que, en fin, pretendemos insinuar: la tesis de que el demiurgo portugués, el agente humano, posee una decisiva vocación historiográfica, que necesariamente se afirma en su literatura, tanto cuantitativa como cualitativamente: cuantitativamente, en la abundancia de la historiografía; cualitativamente, en una disposición profunda que en ésta y en todos los géneros literarios se perfila visiblemente. Recordamos aquellos pasos del *Livro das saudades, ou da Menina e Moça,* en los cuales el autor, herido de una melancolía inexcedible, vecina de la locura, es, aun así, positivísimo, exactísimo, en la reconstitución de los hechos vividos.

Con lo que dejamos dicho nos acercamos a lo que se habrá columbrado y entrevisto, una y otra vez, a lo largo de estas páginas: la cuestión de las armonías preestablecidas entre cada pueblo y la historia que le arrastra o que de él dimana, y también entre los diferentes semblantes que asume una cultura nacional —para nuestro caso contemplación poética y acción ético-política, o respectivamente lírica y epos historiográfico— los cuales tan solo aparentemente se muestran contradictorios. Pero esa cuestión de las armonías preestablecidas, repitiendo Leibnitz, es cosa que dejamos para otra oportunidad.

Carlos Eduardo de Soveral.
Universidad de
SANTIAGO DE COMPOSTELA